

LA CREACIÓN O LA POSIBILIDAD DE ROZAR UN POCO DE INFINITO

ALFREDO CASTRO GÓMEZ
Director y actor

Cualquier esfuerzo del hombre por escapar a las extravagancias del cielo es inútil. Ascender al infinito o descender a la Nada. Sólo es posible permanecer detenidos entre estos dos abismos: la Nada de la cual surgimos y el Infinito que nos engulle.

Es entre estos dos abismos que se sitúa esta tragedia, en el dolor de existir. El hombre buscando con desesperación una razón para no morir. No es el conflicto del hombre frente al poder o la tiranía, sino del hombre frente al Dios Supremo, a aquel Gran Padre Ancestral. Es la tragedia de ser mortal. Detenidos en esta vida, que no es más que un viaje irremediable hacia la muerte, se intenta la eternidad, pero estos intentos no pasan de ser actos de fe.

El Rey Lear es mi primera experiencia como director frente a un clásico y siento una gran satisfacción con su resultado: asistencia masiva de público, recepción silenciosa y respetuosa de los estudiantes, comprensión cabal de la anécdota, entretenimiento, belleza y profundidad del espectáculo. Todo esto gracias al aporte de los actores y del equipo creativo que trabajó en la puesta en escena.

El Rey Lear es sin duda una obra difícil por su profundidad, por las ideas y conceptos que ella contiene, por la carga emotiva de sus personajes, por su extensión y por la magnitud del rol pro-



tagónico. Todo lo anterior, sumado a la genial traducción de Don Nicanor Parral, hicieron que este proyecto de la Escuela de Teatro de la Pontificia Universidad Católica de Chile se *cargara* de enormes expectativas dentro del medio teatral.

Sin embargo, también creí percibir un ánimo de fracaso en torno al proyecto que atribuyo más bien a un defecto racial que a malas intenciones, ya que a las dificultades artísticas propias de la obra se sumaron estas expectativas y pre-concepciones externas contra las que no fue fácil luchar.

Aquí se instala una pregunta que vengo haciéndome desde hace tiempo: ¿Para quién se hace el teatro?

Sin duda para los espectadores. El problema es dónde se sitúan los objetivos de una propuesta teatral.

Investigación, creación, propuesta artística versus dinero, inversión, empresas no establecen una relación de equidad, sino de sometimiento. Poca comprensión existe por parte de aquellos que invierten en lo que es la creación artística del hecho de que, a mayor tiempo de profundización e investigación, el resultado redundará en una mayor ganancia mutua (artística en cuanto a la creatividad de la propuesta y finan-

ciera en cuanto al éxito comercial). Los problemas de financiamiento que una puesta en escena de esta envergadura implica no deberían repercutir en el proceso de creación.

Dos meses útiles de ensayos para la puesta en escena de **El Rey Lear** definitivamente es poco tiempo. Sumado a lo anterior, nos enfrentamos a la poca preparación y oficio, por falta de práctica, que directores y actores tenemos para abordar a los clásicos. No hay en este país una relación de proximidad cultural con los autores clásicos, que siempre, a pesar de su universalidad, nos siguen resultando extranjeros, nosotros a ellos y ellos a nosotros. El teatro chileno constreñido por contingencias políticas, económicas y culturales olvidó por muchos años a los autores clásicos, retomándolos ahora que los tiempos exigen reflexiones sobre la crisis y el hombre, temas que la dramaturgia nacional aún no hace suyos.

Se hace necesario reinterpretar las temáticas de las obras clásicas a la luz de nuevas tendencias, generar métodos y formas de análisis acorde con los tiempos que vivimos, con la historia transcurrida, con la crisis contemporánea para aproximar ideológica y emotivamente, a través de nuevas concepciones estéticas, los clásicos al espectador de hoy.

Se requieren hombres al día con la historia... artistas sin miedo al dolor.

Con lo anterior me refiero a la relación que se establece entre un actor y su *personaje* o entre un director y la *puesta en escena*.

La dualidad actor/personaje es para mí cada vez más problemática, ya que promete un imposible: *ser otro* evitando lo autobiográfico que toda creación debe tener. Algo se interpone entre el actor y su creación que dificulta su expresividad e imaginación. En definitiva, lo que se busca es aquel actor que pasa por su carne y su vacío las palabras y los gestos para convertirlos en algo misterioso. Cuando el actor guarda un secreto... un secreto a voces... ese secreto es aquella vida vivida. Es el dolor.

¿Qué es lo que un director realmente *pone en escena*?

¿Aquello que el público, el autor o la crítica quieren de él?

Sin duda, nada de lo anterior. La puesta en escena es un producto autónomo, único, no es otra cosa que volcar sobre un escenario todo el **imaginario**.

Cuando el **imaginario** de un director se encuentra, sin censura, con absoluta libertad, con otro imaginario, el del actor, igualmente libre, se produce el encuentro metafísico y *real* que es la creación.

El terror que plantea este salto al vacío, esta resistencia a sufrir, a olfatear la muerte que sufren los actores, puede no ser más que el horror a la locura. Como dijo Breton: "No será el miedo a la locura lo que nos obligue a bajar la bandera de la imaginación".

Creo que las expectativas planteadas por este proyecto están cumplidas en la medida que el público chileno, poco habituado a obras clásicas de este tipo, sigue atento la historia del Rey Lear sin sentir las tres horas y veinte minutos de la representación y aplaude con justa retribución a los actores que en ella participan. Esto indudablemente se debe a la magnífica traducción de Don Nicanor Parra, que marca un hito en el teatro chileno, al permitir que esas voces, remotas para nosotros, nos puedan llegar limpias y cargadas de inteligencia, humor y poesía.

También al trabajo de Alejandro Rogazy, Marco Correa, Miguel Miranda y Ramón López, quienes aportaron con su creatividad a la creación poética y atmósfera de esta puesta en escena.

Mis agradecimientos y reconocimiento a Verónica García-Huidobro por su contribución artística, organizativa y catalizadora entre las expectativas ajenas y las propias obsesiones.

Este paso por Shakespeare/Parra, para un director en formación, ha sido valiosa desde todo punto de vista y me permite ahora, con la distancia

necesaria, replantear mi punto de vista frente a la creación artística.

Varias son las obsesiones que marcan mi trabajo con el "Teatro La Memoria". La muerte, la locura y la castración son algunos de ellos.

Estos temas en *El Rey Lear* son de una gravitación fundamental que algún día me gustaría explorar con mayor acuciosidad en un remontaje de esta obra.

El trabajo de investigación en nuevas formas teatrales, dramaturgia, actuación, propuesta estética, etc., se realiza actualmente con mayor libertad en los teatros independientes. Los teatros subvencionados deben responder a objetivos institucionales que me parecen dignos de todo respeto, pero que en cierta medida tienden a poner límites a la creación artística.

No me refiero, por supuesto, a experimentos teatrales banales destinados tan sólo a provocar o

impresionar, sino al poder reflexionar en toda su profundidad y crueldad sobre temas trascendentes.

Ahora, pasada la experiencia, puedo saber mejor qué hacer con un clásico entre mis manos. Sin duda fue necesario y enriquecedor este paso.

Es bajo estos últimos eclipses de Sol y Luna, en estos tiempos de fin de siglo, que no presagian nada bueno, que la creación artística se me presenta como el acto de fe más sublime y salvador. La creación, entendida como forma de ejercer un pensamiento, como el oficio de plasmar en tercera dimensión imágenes, signos y símbolos capaces de conmocionar por su belleza y crueldad, sea tal vez la única posibilidad de rozar un poco de infinito o aproximarse con menos temor al fin.



Gabriela Hernández, Claudia di Girólamo, Héctor Noguera y Schlomit Baytelman. Foto: Ramón López.

